VENDER MIEL A LAS ABEJAS NILTON SANTIAGO









Nilton santiago

Vender miel a las abejas



Colección
Lima Lee




NILTON
SANTIAGO
11. Alfred Edwards

Nilton Santiago

Nació en Lima, en 1979, aunque reside en Barcelona hace varios años. En poesía ha publicado *El libro de los espejos* (Premio Copé de Plata de la XI Bienal de Poesía, Lima, 2003); *La oscuridad de los gatos era nuestra oscuridad* (Premio Internacional de Poesía Joven Fundación Centro de Poesía José Hierro, Madrid, 2012); *El equipaje del ángel* (XXVII Premio Tiflos de Poesía, Visor Libros, 2014); *Las musas se han ido de copas* (XV Premio Casa de América de Poesía Americana, Visor Libros, 2015) y, finalmente, *Historia universal del etcétera*, con el que ha obtenido el Premio Internacional de Poesía Vicente Huidobro (Valparaíso Editores, 2019). También es autor del libro de crónicas *Para retrasar los relojes de arena* (Vallejo & Co., 2015). Asimismo, ha publicado las antologías *A otro perro con este hueso* (Casa de Poesía, Costa Rica, 2016) y *24 horas en la vida de una libélula* (Scalino, Sofía, 2017). Varios de sus poemas han sido traducidos al alemán, francés, ruso, inglés, búlgaro, italiano, árabe, montenegrino, armenio y finés, y ha participado en diversos festivales de poesía en España, Chile, República Dominicana, Costa Rica, Francia, Bulgaria, Montenegro y Rusia.

Vender miel a las abejas
©Nilton Santiago
©Festival Internacional Primavera Poética

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Andrea Veruska Ayanz Cuéllar

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

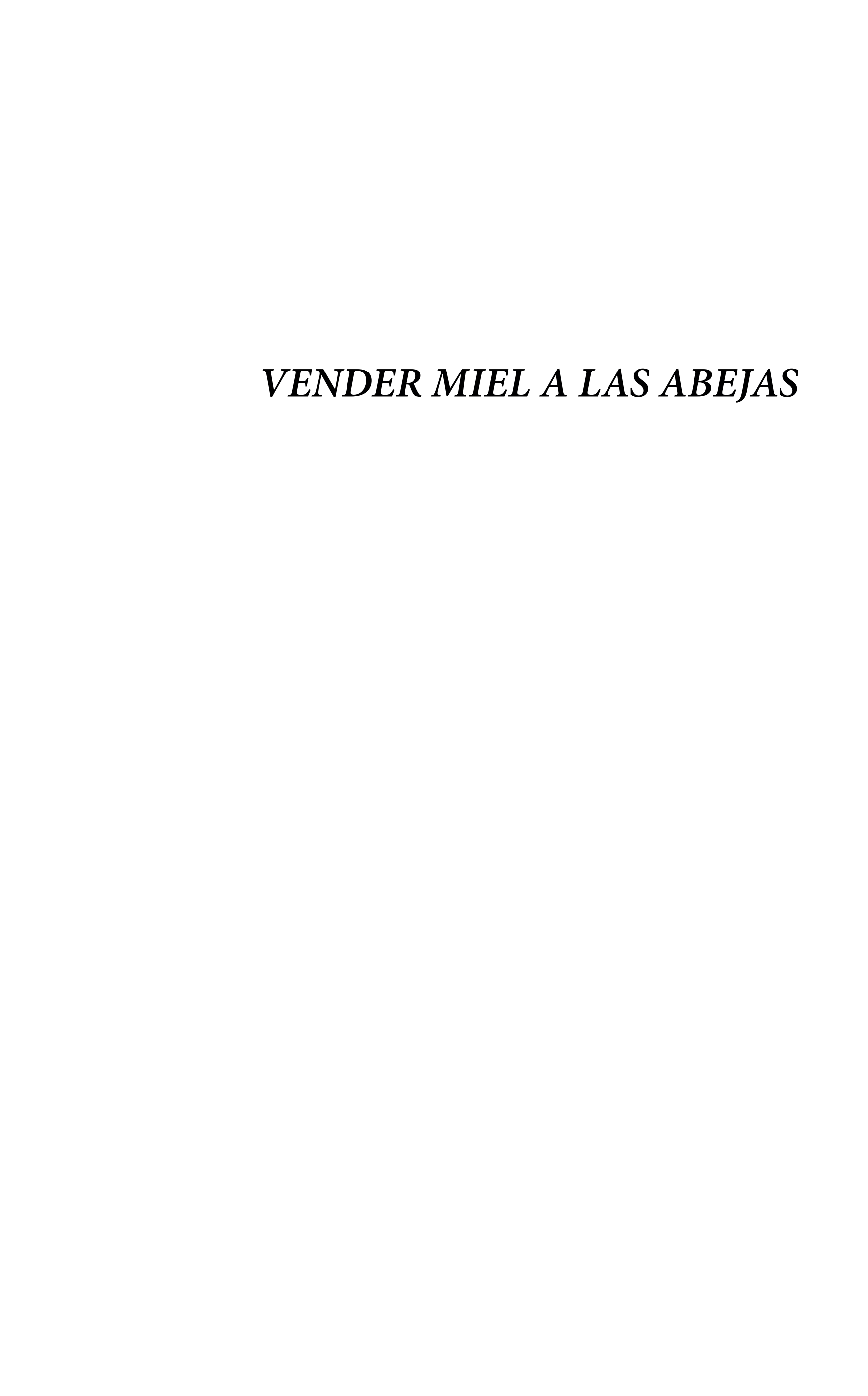
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



VENDER MIEL A LAS ABEJAS

TODOS DESCENDEMOS DE LA MIRADA DE UN GORILA

Envían a rehabilitación a un mono alcohólico en Rusia

Reuters

Como Cioran, no somos más que un puñado de intersticios,

Oh, gorila mío, dos soledades metódicas,

como dos colillas en un cenicero.

Es cierto, compartimos la melancolía de los pájaros congelados

la rara costumbre de amar sobre los árboles,

de llorar y defecar leyendo a Mallarmé

o de salir con dos copas de más de cada incendio interior.

También jugamos cada día con la pureza de ser impuros,

con la estrella que navega en nuestra sangre,

desviada de su curso,

cansada de balbucear luz sobre la sonrisa de los jubilados

y de las putas, esos bellos mamíferos exiliados.

Ya lo sabes, buscamos el mismo empleo

y lloramos al mismo animal desde el que cada día nos despertamos.

Oh, gorila mío, también tu mirada

es la ventana por donde Dios espía al mundo,

ese otro mamífero fúnebre que nada sabe de nosotros.

MI ABUELA TIENE UN PUESTO DE COMIDA EN EL MERCADO DE CASMA, DONDE LOS POBRES VAN A COMER A CAMBIO DE NADA

Son las seis de la mañana en los relojes de todas las cigüeñas

y mi abuela acaba de llegar a la ciudad de Casma con un niño,

que es mi padre, envuelto en una manta lliclla llena de mariposas.

Ha tenido que abandonar el fondo del mar,

huyendo de los abusos de uno que cree que el amor

significa atar a la pata de la cama a un ángel

y darle de comer comida para peces.

Mi abuela, fuerte como una lágrima a punto de romperse,

ha juntado todas sus baratijas

y ha decidido poner un puesto de comida en la ciudad de Casma.

Mientras cocina, mi abuela cuida que el viento

no llegue tarde a su cita con los pájaros

para que los pájaros acudan puntuales a despertar a mi padre,

quien pasa las madrugadas haciendo largas colas

para comprar la carne más barata entre las carnes.

Mi padre es un niño tan alto como una puesta de sol,

pero aun así tiene el oficio de recoger la lluvia

para que mi abuela tenga agua suficiente para fregar sus ollas.

El puesto de comida de mi abuela

estaba lleno de las sonrisas de mi padre

y también las de los perros que solían dormir bajo los taburetes,

donde se sentaban sus clientes con la barriga llena de estrellas.

En mi país, los perros callejeros duermen donde pueden

y sueñan que cruzan nadando las lágrimas de Dios.

A la hora del desayuno,

mi abuela empezaba por borrarles los lunares a sus clientes con quitamanchas

porque sabía que las estrellas tenían que volver al cielo

después de haber abrigado la piel de los más pobres.

Entonces,

los pobres de Casma se sacaban una moneda

debajo del corazón para pagarle el desayuno,

pero mi abuela, alta como una puesta de sol,

solía sonreírles y servirles en cambio otra caricia recién horneada.

Los pobres en Casma entonces pagaban con sus lágrimas

la comida que mi abuela les ofrecía

sin recibir nada a cambio,

esto lo sé, porque sé que mi padre transportaba el agua de la lluvia

para que mi abuela tuviese agua suficiente para fregar las ollas.

Aún hoy, los pobres en Casma tienen perros pobres,

y aún hoy todos en Casma saben que los perros pobres

también venían a saludar a mi abuela llevándole un hueso

o un milagro en el hocico,

como si le trajeran el periódico.

Ella los recibía mientras desayunaba con mi padre sobre sus piernas

y compartía con ellos las sobras de las comidas.

Un día de otoño mi abuela se metió a mi padre al bolsillo

y partió a la ciudad de Lima para vender comida en las puertas de otro mercado

y nunca más se la vio por Casma.

Aún hoy, si miro bien detrás de la lluvia,

veo que mi padre es un niño que corre detrás de una pelota de terciopelo

que también es el corazón de mi abuela.

Entonces me doy cuenta de que los pobres de Casma

aún esperan que mi abuela despierte debajo del árbol donde ahora duerme

y que los hijos de los hijos de los perros pobres

aún yacen debajo de los viejos taburetes

donde se sentaban sus clientes con la barriga llena de estrellas.

Ahora sé,

después de tirar a la basura otro yogurt caducado (y media nevera),

que en los relojes de todas las cigüeñas

es la hora de la cena de los pobres de Casma.

SOBRE EL PORQUÉ ALGUNOS PANDILLEROS SECUESTRAN BALLENAS

Es hora del desayuno y Balam Rodrigo y yo

compartimos una gota de lluvia que alguien ha partido a martillazos.

No deja de llover

y un perro zapoteca nos trae en el hocico un tren lleno de salvadoreños.

No hablamos.

El silencio sacude sus ramas, como si fuese un árbol

que acaba de ser tiroteado al intentar cruzar una valla de equinoccios.

Al sacudirse, el árbol nos ha mojado de rocío

y ha hecho que varios peces caigan a nuestros cafés humeantes.

Me acerco a él para pedirle fuego, aunque sé que él no fuma.

Balam sonríe y saca de su bolsillo una estrella de mar

que migra cada día de un bolsillo a otro, de un corazón a otro (por reparar).

Su padre se la regaló hace varias vidas pasadas,

cuando los quetzales sabían hablar y lloraban.

Balam me pone la estrella sobre las manos

y un nuevo tren lleno de salvadoreños cruza esta mañana fría.

Balam dice que jugaba al futbol vestido de monje franciscano

y que, en Chiapas, los pandilleros secuestran a las ballenas

para enseñarles a pasar las fronteras con el estómago lleno de *crack*.

No muy lejos de nosotros,

la Mara Salvatrucha acaba de secuestrar a otra ballena centroamericana.

Lo sabemos por la forma en la que lloran los peces —asustados—

en nuestros vasos descartables de café.

Dos policías que nos oyen hablar nos dicen que los migrantes

nacieron de la costilla de un perro zapoteca

y no de las lágrimas de las ballenas.

Balam les sonríe porque cree que los países

no son más que pájaros en migración desde la creación del mundo.

Balam cree que yo me río de los pájaros migrantes

y que no me creo eso de que algunas ballenas duerman de pie.

Entonces se acerca a mí y me pide que cierre los ojos.

En ese mismo instante aparecemos en Tecún Umán, Guatemala,

intentando cruzar el río Suchiate.

Mi corazón es una estrella de mar que flota lejos de mí.

Nado para cogerla y, sin darme cuenta, llegamos al otro lado de la frontera.

Una ballena jorobada que me ve cree que soy un pez que llora.

No lloro, no, pero quizás sea verdad que soy un pez.

Cuando alcanzo la orilla alguien me apunta con su *chimba* y dispara

porque no llevo dólares americanos.

Balam coge la bala en el aire

y esta se convierte en un quetzal de terciopelo.

Cuando me lo enseña abro los ojos.

Entonces veo que Balam Rodrigo está a lo lejos,
mirando el vacío que nos separa.

Aún no hemos acabado de desayunar

ni hemos intercambiado palabra alguna.

No sabe quién soy (ni yo tampoco).

Sin embargo, hace siglos que ambos estamos muriendo

porque siguen matando a los perros vagabundos con
veneno para estrellas.

LAS CENIZAS DE ULISES

Ahora lo sabemos, tu país era la sonrisa de Ulises,

la frontera más allá de la frontera,

donde las vacas y los cangrejos escapan de algún Chagall

y donde los autobuses, como hospicios para dramaturgos,

son misteriosos escarabajos atrapados en las autovías.

Sí, nuestro país es una nena de veintipocos que aún piensa que los chicos

creen en el matrimonio,

en esa luz que se parece demasiado al sexo de los ángeles.

Deberíamos dejar de hablar de nosotros,

del *New York Times* envolviendo los anónimos recuerdos de los campos de guerra,

como si fuesen pescado fresco,

allí donde los cascos azules caen como moscas

(total, por la cuenta que les trae a los banqueros y a los gorriones).

Por esos lares, los honorarios de las estrellas

son los mismos que el de los pájaros que brotaban de tu sonrisa

cuando éramos pequeños y los árboles recogían los frutos graves de la noche,

la frágil materia de las aves migratorias

(que también era la nuestra y la de las enfermeras de guerra).

Hoy he vuelto a casa, a la frontera más allá de la frontera

y tengo que decirte que los árboles son apenas un puñado de otoño

brotando de las chimeneas de los autobuses

(los árboles, que para nosotros eran mucho más que los sindicalistas de los bosques),

que Chagall está en paro,

que las columnas de rebeldes han firmado una tregua

con los murciélagos de traje y corbata

y que ya nadie me conoce, a pesar de que he preguntado por ti.

Déjame contarte que la clase media ha sido embotellada y arrojada por el retrete,

que nuestro amigo, el pescador, el que hablaba el dialecto

de las estrellas de mar,

ha dejado de beber, de colocarse y de hacer chistes sobre los conservadores,

y ahora lo ves deambular repitiendo una y otra vez

aquellas palabras de Céline:

«El amor es el infinito puesto al alcance de los caniches» y lo entiendo,

me pongo la chaqueta y, qué demonios, voy por cigarrillos

y una botella de ginebra.

Le hago otro flaco favor a mi soledad.

LA TRISTEZA DE LAS MAGNOLIAS O CÓMO HACER QUE UN POEMA NO TENGA NADA QUE DECIR

Es triste, muy triste

que las magnolias tengan que recoger cada día

las lágrimas de las abejas. Además, las pocas que quedan

caminan hace siglos ignoradas por este mundo amargo,

aunque se diga que hay tarros de miel egipcios de 4000 años

que aún son comestibles.

También las abejas descienden de aquel herrero ignorado

que lleva en las manos las escamas

del primer hombre que se sacó una costilla para darte la vida.

No solo abejas, sino también hay cientos de reproches

que huyen por las alcantarillas de mi corazón,

o el de Marx, el perro que salvó mi abuelo

alimentándolo con la miel de sus lágrimas.

Cuando era niño, en las pescaderías los peces hoz y martillo

repartían octavillas con poemas de Nazım Hikmet, pero de nada sirvió.

Poco después, una asamblea de obispos y gorilas

declaró que la fe es un bien privado,

así que con un grupo de gatos callejeros

empezamos a adorar a un velloncillo de cianuro llamado Rimbaud.

Los obispos ignoran a Rimbaud en sus sermones,

como yo ignoraba que las abejas obreras son capaces de ventilar una colmena

aleteando a 26400 veces por minuto.

Sé que una llave brilla en el fondo de tus lágrimas.

Es la misma llave que usó mi madre para entrar en el vientre de tu abuela

y encontrarte ahí dormida.

A ti y a los cientos de cigüeñas desempleadas

que ahora construyen cementerios de azufre

en los campanarios de nuestra niñez.

Nadie sabe por qué un párroco laico

ha sido nombrado director del zoológico

a cambio de evangelizar a un demonio de Tasmania

o, lo que es lo mismo, nadie sabe quién les ha dado el carné

a los poetas que viven repartiendo carnés de poeta.

Es triste, muy triste,

solo se sabe que todo son «cuotas».

Cuotas para mendigar sal para nuevas lágrimas.

Cuotas para sacar de la nevera el primer beso que se nos rompió en la vida.

La poesía ya no tiene monedas.

Únicamente nos dejará —como un mal ejemplo— este poema que ha perdido su bastón

y camina a hurtadillas en nuestra oscuridad.

Todos somos ese segundo en el que duda el suicida

antes de saltar de un puente.

Todos somos el rabino judío que llora como un pez

y el astrónomo palestino apaleado por un ciempiés.

Todos somos el chatarrero de la pata de palo,

el galgo al que se le escapan hasta las liebres cojas.

Todos somos este poema que llora palabras porque no tiene nada que decir.

Es triste, muy triste

que nadie sepa que una abeja obrera

debe visitar unas 7200 flores para fabricar 5 gramos de miel.

KLARA, UNA AU PAIR DE KARLSTAD, ME HA PEDIDO QUE LE ESCRIBA UN POEMA PARA OLVIDARLA DE UNA VEZ POR TODAS

Bruno me ha llamado para contarme que ha leído

que algunas nutrias del Amazonas

pueden cambiar el curso de los ríos con el poder de sus mentes.

Esto es más falso que un billete de 3 euros,

pero igualmente me recuerda que una hormiga

puede sobrevivir hasta dos semanas bajo el agua,

así que aún guardo algunas esperanzas para mí.

Yo le cuento que aquí están a punto de llover ranas,

no hay ciudad que aguante esta lluvia de los mil demonios,

fijaos que se quejan hasta las ballenas varadas entre los árboles

que se esconden en el supermercado de la esquina de casa.

Nos acabamos de conocer, Klara,

pero me dices que a los árboles no les importa la lluvia

y que te deje dormir.

De pronto se me viene a la cabeza que el animal

más rápido en el acto sexual es el chimpancé (3 segundos),

le sigue el ratón (5 segundos) y quizás tú, que apenas te has tomado una copa

y ya te escuchaba roncar en mi cama.

Hemos venido esta mañana a escribir el poema que me has pedido

y es, en este mismo momento, cuando el mar desempaca tu sonrisa sobre el cielo,

antes de que el reloj despertador te haya despertado por última vez,

antes de salir volando por la ventana

(aunque ambos sabemos que un par de libélulas

harán su mismo trabajo entre nuestras sábanas).

Soy el final de tu caja de bombones, tus últimas bragas limpias

o, lo que es lo mismo,

la oscuridad de los peces cuando lloran y pasan una sed de caballos.

Me dices que nunca has montado a un caballo

pero que sabes que sus lágrimas

son el principio de cualquier río que se precie en tu pueblo, Karlstad,

donde los muñecos de nieve van de compras a diario

para comprarse una nueva nariz de zanahoria

y para aprovechar la calefacción de los supermercados.

Pronto dejaré de ser uno que parece joven y sigo metiendo la pata hasta la rodilla,

aunque no nos engañemos:

tu corazón, como el mío, está *cerrado por obras*

y rueda como una moneda o un milagro

que se le acaba de caer a un pobre mendigo

que creo que soy yo.

No está hecho el amor de las pelirrojas para nosotros, Bruno,

los alejados de las manos del señor,

como tampoco está hecho el amor para el amor:

salven pues las estrellas mis torpezas para quitarte el sujetador,

salven todo lo que queda de mi corazón entre tus manos de gata

aunque ya de nada servirá… es para *partirse de risa*,

pero de tirios y troyanos hemos pasado a dirigir el tráfico de las estrellas

entre tu mirada y la luz de la luna llena sobre tu espalda

asalmonada,

en un santiamén

(mientras me preguntas si sabía que en Finlandia

se prohibieron los cómics del pato Donald porque no llevaba pantalones).

Después de las risas no puedo dejar de pensar que allí,

cerca de donde las lágrimas pierden su equipaje,

donde las nubes limpian sus gafas porque la lluvia empaña su mirada,

allí, donde todo termina,

no hay árboles llorando de rodillas ante un pájaro en un supermercado

no está Dios (ni nada que se le parezca),

estamos nosotros dos, Klara, o como te llames,

jodidamente separados,

a pesar de compartir esta noche la misma cama.

Y sí, vale, querido amigo Bruno,

una vez más tienes toda la razón:

a) para un pingüino las aves no tienen talento para nadar y

b) el amor es para nosotros lo que la aritmética para los filósofos:

(o ¾ de lo mismo)

tan solo un gran malentendido.

CONTRA EL MATRIMONIO, OTRA ELEGÍA

pero qué inútil / tanta luz / entre dos

Jorge Eduardo Eielson

Como si la mesa del comedor fuese una gran ciudad y nosotros,

torpes y tiernos animales, en las oficinas de correos,

que cada día ven pasar los mensajes de otros,

los corazones de otros en papel de embalar,

y entonces llorásemos girasoles por la mañana y girasoles por la tarde

y empezara a llover —a cántaros— girasoles

y tú, de pronto, sacas el mantel de un tirón,

muy cabreada,

y los platos y los tenedores, como pesados edificios de metal,

intactos sobre la mesa

y la copa de vino llena de huellas dactilares, sin haberla tocado nunca

(como un espejo al que pudieses pasar sus páginas de vidrio

y ver en lo que nos convertiremos si seguimos con esto),

y entonces, miras hacia otra parte y enciendes el televisor,

porque aún es pronto para volver al trabajo

(nos enteramos, entonces, que han matado extrajudicialmente a un dictador árabe

en ¿defensa de los derechos civiles? y, claro, de la reacción «positiva»

de los mercados).

Luego sales de casa dando un gran portazo.

Te has dejado el paraguas, pero no vuelves

y yo tampoco quiero salir detrás de ti,

pero lo hago, dejándome el corazón entre los platos por fregar.

Ah, cariño, antes de marcharte, bajo la puerta, vi un destello azul

quizá sea la luz que juega con nosotros

cuando discutimos por la lentitud de los pájaros

y puede que sea por esa misma luz que tengamos que hacer este,

nuestro último viaje.

Sé que has empacado nuestras heridas y mis huesos como espinas de pescado

y mi soledad en un *kleenex*.

¿Cuándo fue que perdimos la batalla que nos convirtió

en estas cenizas enamoradas,

en esos espejos rotos donde aún podemos vernos juntos, aunque

estemos totalmente solos?

Ahora lo entiendo:

hablando con ángeles es que te enteras que no existen.

EL TIEMPO ES UNA MENTIRA DE LAS ESTRELLAS

Hay algo mal en mí además de la melancolía

Charles Bukowski

Toda la noche hemos muerto lejos de casa,

durante toda la noche nos hemos suicidado —sin conseguirlo—

mirándonos al espejo,

como una iglesia en llamas,

como una resplandeciente cicatriz en los árboles de los aserraderos

o en las últimas páginas de los libros

que el tiempo ha olvidado en los hospicios y en los sanatorios.

Mirándonos al espejo, olvidando el testimonio de la luciérnaga

entre tus manos,

viendo cómo se afeitaba Armand con una herradura,

como si fuera un puñado de luz cicatrizando

en las aletas de un pescado que acaba de morir,

por los que somos murciélagos, sin saberlo,

para los que agonizamos, inquietantemente,

en la absurda máquina de arena en la que nos convertimos cuando llueve,

o cuando atardece entre las manos de los suicidas

que cierran nuestras heridas con sus cuchillos de terciopelo

(además de dar de comer al animal insomne de la soledad

y a la mariposa de hielo de la soledad

que cada día brota de las tibias manos de los presos políticos).

¿Sabes qué me da vergüenza, Lêdo?

Que algunos dicen

que nacimos de los huevos olvidados en las peceras públicas

o que antes respirábamos por las heridas del corazón,

muy desconfiados,

este sueño interior de tus manos,

esta marea dispersa que hiere y hiere,

estas gotas de mar que encontraste camino al cielo de Maceió

que tanto temo,

mientras que yo moría como un pájaro saliendo de su plumaje.

No obstante,

siempre supimos que nos faltaba dinero

y un poco de piel alrededor del corazón

o que nuestra sangre apenas se movía cuando hablábamos de la infancia

o de las revoluciones,

pero de esto se trata, mi querido Lêdo, la soledad.

LAS ABEJAS NO SABEN AÚN LAS BONDADES DE LAS REPÚBLICAS

Hace casi ya un siglo que te vi por última vez

y eso fue esta mañana

desde luego, estabas irreconocible, habías borrado el rojo de tu sangre

y un poco de cielo de tus ojos, tenías otro nombre

y eras demasiado joven para usar tus pulmones para respirar,

aún así rompiste todos los protocolos del amor y de los ambulatorios

y me tocaste el corazón, dejándolo como una de esas manzanas

de caramelo que venden en los parques de atracciones.

En ese entonces, para pasar el rato, pasaba horas mirando el cielo

hasta que te veía leyendo la suerte en las manos de Dios,

dormida como siempre,

dejándote lamer el yeso del alma por familias enteras de camaleones expresidiarios.

Los comunistas solo me hablaban para pedirme consejos de cómo conocerte,

de cómo hacerte el amor con la herrumbre de sus huesos,

pero pasabas de ellos / todos tenemos suficientes fantasmas

como para volvernos parte de uno —decías—

mientras ponías a la hora todos los relojes de arena de la ciudad.

No puedo quitarme de la cabeza esas mañanas

en las que dejar de soñar era como descargar camiones llenos de estrellas

y leer el diario —que tontería— como si hiciésemos la autopsia de nuestro tiempo

(es muy curioso, pero para los aymaras

los hablantes están de cara al pasado y de espaldas al futuro).

Ya sé que me repito, pero no es ninguna broma que la prensa libre

únicamente sirve para envolver pescado

o quizás para enterarte de cosas como que la mayoría de los peces de colores

solo tiene tres segundos de memoria

o que hay un senador estatal de Nebraska que acaba de presentar una demanda contra Dios.

Tengo que confesar que el «Tea Party» me estriñe

y también algunos discursos de mis colegas, los progresistas,

esos que escapan de las ambulancias de la realidad con sus patas de palo.

Caray, tampoco puedo quitarme de la cabeza

el que no hay nada de malo en desear la muerte de un dictador

o que en Latinoamérica ya no son necesarios los golpes militares.

(porque ya están todos en los gobiernos).

En esos casos, también la vida de un poema, como la de un telediario

es el anticipo de la sonrisa de una libélula desahuciada de la luz.

Se me va la olla cuando escribo, lo sé,

es que no me gusta la poesía oscura

y por eso leo cada día el horóscopo de Unica Zürn, la mujer magnolia,

y también los largos manifiestos que fueron redactados sobre las piedras de la noche

y que ahora los puedes encontrar husmeando en Google.

Hace casi ya un siglo que te vi por última vez

y eso fue esta mañana,

sé que me esperabas detrás de una gota de lluvia,

me esperas y sé que es inútil, aún queda un siglo para vernos

y la vida no da para tanto,

por ahora, encárgate de limpiar los paisajes que salen de tu voz

que este siglo, solo para variar, tan solo,

me toca ser un árbol camino al aserradero.

Por cierto, amigos oficinistas, también se va al cielo en ascensor

y tranquilos, es físicamente imposible para los cerdos mirar al cielo.

ARTE POÉTICA A FAVOR DE LOS MILAGROS Y EN CONTRA DE LOS AGNÓSTICOS

Y es así como «todo lo contiene todo»,

y todas las estrellas

son en realidad el mismo miedo que huye de tu corazón

cuando despiertas por las mañanas

y vas a la ducha con la misma sonrisa que tendrías

frente a un pelotón de fusilamiento.

Si os fijáis bien, hace años que hemos dejado de ser nosotros.

Ni siquiera el reflejo del espejo nos reconoce,

ni la maquinilla de afeitar que recorre nuestra piel cada día

como si fuese un pez que tiene que aprender a nadar

una y otra vez.

Pero como «todo lo contiene todo» y nos arrastra hacia su vacío,

hay que ponerse la corbata y salir a trabajar

con el corazón aún en el friegaplatos.

Terminar de leer en el autobús

aquel poema que empezaste a leer cuando tan solo eras un niño.

Y de pronto descubrimos que hasta un poema tiene que callar

para decirnos que, en realidad, el tiempo no es más

que un hámster que gira incansablemente dentro de la rueda del vacío.

Entonces el poema lee la historia de Shoden Yamazaki,

aquel sacerdote del templo budista Choshoji

que acaba de ser arrestado por el robo de unas pantimedias,

y también lee que en Magelang han construido una iglesia con forma de gallina

y es cuando el poema se deshace de las palabras

y empieza a reír camino a la esquina de esta página en blanco

mientras piensa que, si todo es al fin y al cabo vacío, «nada existe»,

que nada parece haber sido creado.

Pero de pronto el poema nos mira,

desde el fondo de la página en blanco,

y nos recuerda que Dios montó el paraíso y todo lo demás en 7 días,

y que los seres humanos tardamos miles de años

en imaginarnos a un barbudo,

cuyo único mérito es caminar sobre el agua.

Vaya, dice el poema,

mientras piensa que la imperfección de unos y otros

hace de la creación el único milagro creíble.

Entonces el poema mismo es el vacío que crea,
el vacío que lo llena todo.

¿O es el poema que no existe el único verdadero?

LA SOLEDAD DE LAS CHICAS CANGREJO

Ver cómo le cambian el pañal a un niño o pasar la tarde con él

puede ser una insoportable experiencia filosófica,

me dijiste antes de soltarme esta frase:

«Todo el pensamiento del mundo pasaría por el simple ojo de una aguja».

Dicen que algunos filósofos llevan tatuada esta frase en la espalda,

quizás algunas chicas cangrejo,

como aquellas que encienden las hornillas de su corazón

con la luz de tu soledad,

son las que se pasan las noches tatuando la espalda de marxistas

o de sofistas, lo mismo les da,

quizás mientras buscan entre las estrellas

alguna pregunta para sus miles de respuestas.

Cuando se trata del amor,

«la revelación más grande que podemos tener es un misterio»,

respondo, por decir algo.

A veces hasta un poema en muletas como este

es una filosofada de mal gusto.

Quiero escribir algo que valga la pena

y lo primero que hago es tirar tus lágrimas por el retrete.

Pero lo peor de todo es que no solo me pasa con la poesía,

sino hasta cuando busco las llaves de mi corazón bajo tu cama

y te encuentro a ti dormida con una camiseta de chico que no es mía.

Quisiera terminar este poema

(que aún no he empezado como quien que dice),

repitiéndote aquellas palabras

que me acaba de susurrar tu amiga, la estudiante de filosofía:

(que me acaba de pillar metiendo los bigotes en la leche de su sonrisa):

«El agua de mar es salada por las lágrimas de los peces».

Ciertamente —me respondes—,

pero a diferencia de los filósofos,

para un poeta

dar en el blanco consiste en irse por las ramas.

Las chicas cangrejo llevan razón:

la poesía no es más que vender miel a las abejas.

SOBRE EL FALSO ETIQUETADO DE MERLUZA PROCEDENTE DE ÁFRICA (QUE SE VENDE COMO EUROPEA O AMERICANA)

Ahora lo sabes,

también los peces tienen que pasar las fronteras,

llorar todas sus afonías,

pedirle impuestos a la luna llena que cada noche se disuelve en sus lágrimas

cuando se ha roto «la cadena de frío» en sus maltrechos corazones marinos.

Pero así es la soledad en el agua cuando se sabe de antemano

que compartirás el envase (con otro solitario) en algún frigorífico,

así son los falsos pasaportes

para los que no saben llorar bajo el agua

y terminan en los supermercados con la carne limpia y

sin escamas,

lista para meter al horno.

Entonces me doy cuenta de que los pobres de Casma
aún esperan que mi abuela despierte debajo del árbol donde ahora duerme
y que los hijos de los hijos de los perros pobres
aún yacen debajo de los viejos taburetes
donde se sentaban sus clientes con la barriga llena de estrellas.



Colección
Lima Lee

